

CORPUS DE TEXTOS

Introducción. Discursos apologéticos

[1]

La ciudad de Dios

San Agustín

Quien considere en cierto modo las cosas humanas y la naturaleza común, advertirá que así como no hay quien no guste de alegrarse, tampoco hay quien no guste de tener paz. Pues hasta los mismos que desean la guerra apetecen vencer y, guerreando, llegar a una gloriosa paz. ¿Qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los contrarios? Lo cual conseguido, sobreviene la paz. Así que con intención de la paz se sustenta también la guerra, aun por los que ejercitan el arte de la guerra siendo generales, mandando y peleando. Por donde consta que la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra buscan la paz, pero ninguno con la paz, busca la guerra.

(San Agustín de Hipona, *Ciudad de Dios*, México, Porrúa, 1994, p. 479).

[2]

De laude novae militiae

San Bernardo de Claraval

Marchad, pues, soldados, seguros al combate y cargad valientes contra los enemigos de la cruz de Cristo, ciertos de que ni la vida ni la muerte podrá privarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, quien os acompaña en todo momento de peligro diciéndoos: «Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor». ¡Con cuánta gloria vuelven los que han vencido en una batalla! ¡Qué felices mueren los mártires en el combate! Alégrate, valeroso atleta, si vives y vences en el Señor; pero salta de gozo y de gloria si mueres y te unes íntimamente con el Señor. Porque tu vida será fecunda y gloriosa tu victoria; pero una muerte santa es mucho más apetecible que todo eso. Si «son dichosos los que mueren en el Señor», ¿no lo serán mucho más los que mueren por el Señor?

(San Bernardo de Claraval, *Elogio de la nueva milicia templaria*, ed. de Javier Martín Lalanda, Madrid, Siruela, 1994, p. 170).

Guerra Santa, cruzada y mesianismo: lírica y propaganda en la Edad Media

Ruth Martínez Alcorlo

Universidad Complutense de Madrid

[3]

Partidas

Alfonso X

[...] E otrosi dixieron los sabios que el emperador es vicario de Dios en el Imperio, para fazer justicia en lo temporal, bien assi como lo es el Papa en lo espiritual. [...] Porque nuestro señor Jesucristo es rey sobre todos los reyes, e los reyes por él regnan, e dél han el nombre e él quiso e mandó guardar los derechos de los reyes [...] Et pues que los reyes deste señor e deste rey habemos el nombre, e dél tomamos el poder de fazer justicia en la tierra, e todas las onras e todos los bienes dél nacen e dél vienen.

(Alfonso X el Sabio, *Partida II*, tít. I, ley I y IV, *Las siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1807).

[...] las «tres razones» porque «la guerra se debie fazer»: «la primera por acrescentar los pueblos su fe et para destroir los que la quisieren contrallar; la segunda por su señor queriéndole servir, et honrar et guardar lealmente; la tercera para amparar a sí mesmos, et acrescentar et honrar la tierra onde son.

(Alfonso X el Sabio, *Partida II*, tít. XXIII, ley II, *Las siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1807, p. 228).

La idea de cruzada en la literatura. Textos líricos

[4]

Cantar de mio Cid

[...] de parte de Oriente vino un coronado;
el obispo don Jerome so nombre es llamado.
Bien entendido es de letras e mucho acordado,
de pie e de caballo mucho era arzeziado.
Las provezas de mio Çid andávalas demandando
sospirando ques'viesse con moros en el campo (vv. 1288-1293)
[...] «El que aquí muriere lidiando de cara
prendol' yo los pecados e Dios le abrá el alma» (vv. 1704-1705).

(*Cantar de mio Cid*, ed. de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe, 1999, pp. 202 y 238, respectivamente).

[5]

Poema de Fernán González

Rescibieron los godos el agua a bautismo,
fueron luz e estrella de todo el cristianismo;
alçaron cristiandad, baxaron paganismo;
el conde don Fernando fizo aquesto mismo.
[...] Era estonce España toda de una creencia,
al Fijo de la Virgen fazían obediencia,
pesava al diablo con tanta reverencia
non avia entre ellos envidia nin entença.
[...] Querellandose a Dios el conde don Fernando,
los finojos fincados, al criador rogando,
oyó una grande voz que le estaba llamando:
«Fernando de Castiella hoy te creçe grand bando».
Alçó suso los ojos por ver quien lo llamaba;
vió al santo apóstol que de suso le estava,
de caballeros con él grand compañía llevaba,
todos armas cruzados, como a él semejaba.
Fueron contra los moros, las sus azes paradas,
[...] Acrecentóles esfuerzo, todo el miedo perdieron,
En los pueblos paganos gran mortandad ficieron.

(*Poema de Fernán González*, ed. de Juan Victorio,
Madrid, Cátedra, 1990, pp. 46-47; 50 y 145, respectivamente).

[6]

Marcabré

«Empeiraire, per mi mezeis»

Emperador, por mi propio impulso
no he tardado en venir aquí,
pues vuestra dignidad se acrecienta,
porque gozo os nutre y mérito os aumenta,
y juventud, que hace crecer vuestro valor,
os mantiene alegre y lozano.

Ya que el hijo de Dios os incita
a que lo venguéis de la estirpe de Faraón,
debéis regocijaros;
pues más allá de los puertos los más de los barones
carecen de generosidad y largueza:
¡Dios no los deje disfrutar nunca de ello!
Pues por ellos se abandona
la empresa de España y del [*Santo*] Sepulcro,
vos tenéis que soportar el afán
y rechazar a los sarracenos
y humillar su alto orgullo,
y Dios estará con vos al final.
Es un consuelo para los almorávides
que los poderosos de ultrapuertos
se hayan puesto a urdir
una tela de trapo de envidia y de injusticia,
y cada uno de ellos dice que,
cuando llegue su muerte, se desnudará de su parte.
Allende se envilecen los ricos,
que aman el descanso y el abrigo,
el yacer muellemente y el dormir blando;
y nosotros acá, según la predicación [*de la cruzada*],
conquistaremos, por designio de Dios,
honor, hacienda y mérito.
Se hacen demasiado codiciosos
los que no tienen vergüenza
y creen protegerse con su hacienda;
y yo les digo que, según parece,
les corresponde salir de los palacios
con la cabeza atrás y los pies delante.
Por poco se sobresalta Marcabré
cuando juventud claudica por dinero;
y el que más ama reunirlo,

cuando le llegue el último bostezo,
no daría un ajo por mil marcos:
tanto lo hará heder la muerte.
Con el valor de Portugal,
y también con el del rey navarro,
con tal que Barcelona se vuelva
hacia la imperial Toledo,
podremos gritar seguros «¡Real!»,
y derrotar a la gente pagana.
Si no viniesen tan crecidos los ríos,
mal les iría a los almorávides,
y podríamos asegurárselo bien:
y si esperan el ardor
y al señor de Castilla,
les cercenaremos Córdoba.
[...] Pues no sé para qué sirve un príncipe
si no va a servir a Dios con su feudo.

(Martín de Riquer, *Los trovadores: historia literaria y textos*,
Barcelona, Ariel, 1983, I, pp. 199-202).

[7]

Marcabré

«A la fontana del vergier»

En la fuente del vergel,
donde la hierba es verde cerca de la grava,
a la sombra de un árbol frutal,
en el acostumbrado ambiente de blancas flores
y del canto primaveral,
encontré sola, sin compañía,
a aquella que no quiere mi solaz.
[...] Sus lágrimas llegaron hasta la fuente
y suspiró desde lo hondo de su corazón
«Jesús», dijo, «rey del mundo:

por vos se aumenta mi gran dolor»
ya que la injuria que se os hace me confunde:
pues los mejores de este mundo os van a servir,
ya que ello os place.
Con vos se va mi amigo,
el hermoso, el gentil, el gallardo, el noble.
Aquí me quedan la gran congoja,
el continuo desear y las lágrimas.
[.] «Hermosa», le dije, «mucho llorar estropea la cara
y los colores y no es preciso que os desesperéis,
pues aquel que llena de hojas los bosques
puede concederos mucha felicidad».

(Martín de Riquer, *Los trovadores: historia literaria y textos*,
Barcelona, Ariel, 1983, I, p. 203 y ss.).

[8]

Folquet de Marselha

«Hueimais no y conosc razo»

De ahora en adelante no conozco razón
con la que nos podamos excusar
si queremos servir a Dios,
pues tanto busca nuestro provecho
que por ello quiso padecer daño:
primeramente perdió el sepulcro
y ahora soporta que España
se vaya perdiendo.
Por lo que allí se refiere
encontrábamos pretexto,
pero aquí ni tan sólo
hemos de temer mar ni viento.
¡Ay de mí!, no nos podría incitar
más fuertemente aunque hubiese
vuelto a morir por nosotros.

Guerra Santa, cruzada y mesianismo: lírica y propaganda en la Edad Media

Ruth Martínez Alcorlo

Universidad Complutense de Madrid

De sí mismo nos hizo donación
cuando vino a borrar nuestros pecados,
y aquí se hizo digno de agradecimiento
cuando se nos dio por rescate.
Así, pues, el que quiera vivir a
cambio de morir dé y ofrezca
ahora su vida por Dios, pues Él se la dio
y se la entregó muriendo;
porque igualmente uno ha de morir
[y] no sabe cómo. ¡Ay!
¡Qué mal vive quien no tiene temor!
Porque sabemos que nuestro vivir,
del que somos tan codiciosos,
es malo y aquel morir bueno.
Oíd en qué error está la gente
y qué podría decir:
cada uno quiere preservar
y halagar el cuerpo,
que no puede esquivar la muerte
por dinero que dé y, [*en cambio*], no experimenta
ningún temor respecto al alma,
que puede ser preservada
de muerte y de tormento.
Piense cada uno de corazón
si yo digo verdad o no,
y luego tendrá mejor deseo de ir [*a la cruzada*].
Ningún hombre digno se preocupe
más de la pobreza: basta con que empiece,
que Dios es piadoso.
Por lo menos puede tener buena intención:
con ello podrá armarse suficientemente,
porque el resto lo pueden llevar a cabo
Dios y nuestro rey de Aragón,
pues no creo que éste decepcione

a ningún hombre que vaya
con corazón valeroso,
ya que vemos que tampoco
decepciona a otra gente.
No debe causar menoscabo a Dios,
porque Él lo honrará si lo sirve honradamente;
pues, si quiere, este año será coronado
aquí abajo o arriba en el cielo:
no le faltará una de estas dos cosas.
Y el rey castellano no tenga en consideración
necias habladurías, y no se desvíe por [su] pérdida,
porque, al contrario, debe agradecer a Dios
que le muestra y le indica que Él
quiere enaltecerse por medio suyo;
y cualquier otro esfuerzo,
sin Dios, se convierte en nada.
Su rico mérito ganará el ciento por uno
si de ahora en adelante acepta a Dios como compañero,
pues Él no pide otra cosa sino agradecimiento:
con tal que no sea orgulloso con Dios,
mucho será su mérito honrado y envidiable.
Cuando se desean vida y mérito a gente necia,
cuanto más altos están, más fácilmente caen.
Edifiquemos, pues, en firme cimiento
y en el mérito que se mantiene
cuando lo demás va cayendo:
que todo su mérito, su gozo y su fama
estén en pensar intensamente e
n cuánto ha hecho Dios por nosotros.

(Martín de Riquer, *Los trovadores: historia literaria y textos*,
Barcelona, Ariel, 1983, I, pp. 599-603).

[9]

Poema de Julia Rómula o Híspalis

Guillermo Pérez de la Calzada

Tanto las leyes godas como las normas de los padres
dirigen a Julia con la vara de la virtud;
gobernada justamente con ideas prudentes,
dirige sus pasos al camino de la salvación.
[...] Cuando, en feliz prosperidad, la ciudad florecía,
y por las regiones del mundo ganaba renombre,
cuando, célebre e ilustre, permanecía segura,
y tanto por los extranjeros como por los suyos era querida,
Se echa encima la ira que no se esperaba:
el poderoso Julián se enemista con el rey;
un Judas peor que el otro, maquina su traición.
Por culpa de él se fragua la destrucción de la patria.
No debería decirse, pero voy a decirlo:
navegan los agarenos, Híspalis es devastada;
la provincia bética se trastorna por todas partes,
a todas las Españas se extiende el desastre.
Destruyen las iglesias, abaten los santuarios
y los convierten deshonrosamente al rito impío
[...] La fuerza de los godos se quiebra, los godos se ven presos,
barones y nobles son muertos a espada;
cuanto más resisten, más duro les golpean,
pues esto ocurre así por juicio divino.

(Guillermo Pérez de la Calzada, *Poema de Julia Rómula o Híspalis*,
en *Crónicas hispanas del siglo XIII*, ed. de Luis Charlo Brea, Juan A. Estévez
Sola y Rocío Carande Herrero, Turnhout, Brepols, 2010, pp. 252-254).

[10]

Poema de Alfonso Onceno

Rodrigo Yáñez

Santiago muy bien lo guía
como mayor adalid

[...] Santiago con su freiría
va faziendo mortandad.
[...] Los cristianos bien lidiando,
feriendo bien el torneo,
«¡Santiago!» ivan llamando,
«¡fijo de don Zebedeo!»”
[...] “Esforçó los fijos dalgo,
fue cometer el torneo:
llamando iva ¡Santiago!,
el fijo del Zebedeo.

(Luis Fernández Gallardo, “Guerra Santa y cruzada en el ciclo cronístico de Alfonso XI”, *En la España Medieval*, 33 (2010), pp. 43-74 [65]).

[11]

Romance del Cerco de Baeza

Cercada tiene a Baeza ese arráez Audalla Mir
con ochenta mil peones, caballeros cinco mil;
con él va ese traidor, el traidor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar la empieza de combatir;
pone escalas al muro, comiézale a conquistar;
ganada tiene una torre, non le pueden resistir
cuando de la Calonge escuderos vi salir:
Ruy Fernández va delante, aquesse caudillo ardil,
arremete con Audalla, comiézale de ferir,
cortado le ha la cabeza, los demás dan a fuir.

(*Romancero*, ed. de Paloma Díaz-Mas, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 166-167).

[12]

Abenámar

Por Guadalquivir arriba el buen rey don Juan camina;
encontrara con un moro que Abenámar se decía.
El buen rey desque lo vido desta suerte le decía:
-Abenámar, Abenámar, moro de la morería,

Guerra Santa, cruzada y mesianismo: lírica y propaganda en la Edad Media

Ruth Martínez Alcorlo

Universidad Complutense de Madrid

hijo eres de un perro moro y de una cristiana cautiva;
a tu padre llaman Hali y a tu madre Catalina;
cuando tú naciste, moro, la luna estaba crecida
y la mar estaba en calma, viento no la rebullía.
Moro que en tal signo nasce no debe decir mentira.
[...] El combate era tan fuerte que grande temor ponía;
los moros del baluarte con terrible algacería
trabajan por defenderse, mas facello non podían.
El rey moro que esto vido prestamente se rendía
y cargó tres cargas de oro, al buen rey se las envía;
prometió ser su vasallo con parias que le daría.
Los castellanos quedaron contentos a maravilla;
cada cual por do ha venido se volvió para Castilla.

(*Romancero*, ed. de Paloma Díaz-Mas, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 173-176).

[13]

Diego Valencia de León

«Cantar de los siete planetas»

Santiago glorioso
ante Dios venga muy presto,
rogando por su Maestro
don Enrique precioso,
por que sea muy poderoso
a defender ley de Christos,
e los moros sean conquistos
del su nombre temeroso.

Non le puedan contrastar
enemigos de la Ley,
por él tomen nueva ley
en que se puedan salvar:
quiéralo Dios ayudar
e el Apóstol Santiago,
por que gane a Cartago

e desí todo Allén Mar.

(“«Siete planetas reales»: el diseño político de Fernando de Antequera en una

composición del *Cancionero de Baena*”; ed. de Isabella Proia,

Revista de Poética Medieval, 28 (2014), pp. 93-118 [115]).

[14]

Consolatoria de Castilla

Juan Barba

[CCC]

De vuestros linajes queriendo memoria,
la sangre de godos a muchos alcança
por antigüedad, sy perseverança
va con la obra presente de gloria;
mayor dexaréis de vos el estoria
que vuestros pasados y más bien loada
sy con vuestro rey ganáys a Granada,
será muy mayor la vuestra vytoria.

[CCC]

Que por no dexar la guerra tan santa
á días que çesa seguir su justicia
y con rey cristiano tener amiçiça,
quel nuestro Evangelio asý nos lo canta;
y su Santidad en ello yntervenga,
de justa causa el mal evitando,
porque destruye el rey don Hernando
la tierra de moros syn otr’arenga.

[CCCVI]

Porqu’el deseo de ambos y dos,
rey poderoso y reyna eçelente,
es darles guerra continamente
quanto pudieren, sy pluguiere a Dios;
y con su placer ganando a Granada
en esta conquista, según que s’entiende,

confían en Dios de pasar allende
en esta guerra de Dios conservada.

[CCCXCVII]

y manda hazer [la reina Isabel] çiento y çinquenta
canpanas perfetas, muy bien obradas,
para que sean allý consagradas
que fueron mezquitas en la tormenta;
do sean las oras comunicadas
por sus vasallos, nuestros cristianos,
do se destruya de los paganos
la seta maldita y obras malvadas.

[CCCXCVIII]

Allý sonarán aquellos clamores
que suban al çielo divina loança
y esto consiste en la esperança
que tienen los reyes, nuestros señores,
en Dios que permita de ser vençedores
daquellas çibdades que no son ganadas,
donde las misas solenizadas
sean cantadas por sus cantores

(Pedro M. Cátedra, *La historiografía en verso en la época de los Reyes Católicos. Juan Barba y su Consolatoria de Castilla*, Salamanca, Universidad, 1989, pp. 267, 268, 297 y 298).

[15]

Bucólicas

Juan del Encina

[*Argumento a modo de introito*] Égloga otava [...], dirigida al nuestro bienaventurado príncipe don Juan, en la qual se introducen dos pastores, uno llamado Damón que cantando queixa los grandes tormentos y pasiones que sufría por amores de su amiga Nissa, la qual la poseía otro pastor que llamaban Mosso, siendo muy feo y sin ningún merecimiento. Esto se puede aplicar al muy crecido amor que nuestro cristianísimo rey don Fernando tenía con la conquista del reino de Granada, por lo sojuzgar y traer al yugo

de la verdadera ley, penando muy sin medida en verlo de paganos ocupado, señoreándolo rey extranjero de nuestra fe.

(Juan del Encina, *Obras completas, I*, ed. de Ana María Rambaldo, Madrid, Espasa Calpe, 1977, pp. 309).

[16]

Epithalamium

Antonio de Nebrija

Hispania se devuelve a sí misma tal concordia

como no la vio el Cartaginés, ni el íbero Viriato,

ni Argantonio, para el que la vejez fue larga pero no ingrata,

ni los patricios descendientes de Rómulo;

tal como los godos no la vieron en los tiempos en que

Rodrigo era el bienaventurado rey de la gente hispana.

[...]

Una vez que aquél [*Fernando el Católico*] haya terminado la guerra,

que bien había asumido en pro de la patria,

la que en pro de los aliados y en honor de nuestro pueblo,

la que fue a favor de la religión de Cristo,

ésta [*Isabel la Católica*], piadosa, cumplirá las promesas a Jacobo vencedor,

dedicará templos a los santos, inciensos dignísimos a Dios.

No obstante, mientras él prepara la guerra y recompone las tropas,

que pasará y llevará más allá del estrecho hercúleo,

ella, por su parte, pondrá en orden las costumbres de la patria

y los corazones desacostumbrados con leyes y medidas precisas.

(Antonio de Nebrija, *Epithalamium*, ed. y traducción de Ruth Martínez Alcorlo, Madrid, Ediciones Clásicas, 2013, pp. 107 y 111).